



2. “Asalto” a las instituciones y democracia radical

“El movimiento popular debe avanzar por sus propios caminos estratégicos y no sometido al de la lógica institucional”

Marc Casanovas entrevista a Quim Arrufat, politólogo, activista social y exdiputado de la CUP

[El encuentro tiene lugar en el Ateneu Rebel, situado en el barrio barcelonés de Poble Sec. Hace tres años, cuando la CUP empezó su primera andadura parlamentaria, entrevistamos de la mano de Miguel Romero a David Fernández en el local de Coop 57 en el barrio también barcelonés de Sants. “Todo texto tiene un contexto”, decía el maestro Paulo Freire. Un ateneo y una federación de cooperativas, dos barrios populares con una gran tradición de lucha obrera y vecinal. Entonces y ahora, estos siguen siendo los contextos donde los textos y las palabras de David y Quim se sienten más cómodos, donde resuenan con mayor fuerza y naturalidad. No parece que los tres años en el Parlament hayan cambiado esto.

Cuando me encuentro con Quim, apenas hace dos días que acaba de volver del Kurdistán turco donde ha participado como observador internacional en las últimas elecciones. Miembro desde 2009 del Centro Internacional Escarré para las Minorías Étnicas y Nacionales (CIEMEN), Quim comenta, no sin cierto orgullo, que ahora que ha dejado el acta de diputado pasará a ser responsable de las relaciones internacionales de la CUP, figura de la que carecía hasta ahora la organización. Una organización cuya estructura sigue manteniendo el espíritu austero pese a su “asalto institucional”: “en la estructura de la CUP nacional, hemos tirado con 3 diputados y 4 liberados y ahora con 10 diputados se amplía pero la estructura sigue siendo en este sentido muy precaria: 10 diputados y 8 liberados...; luego la territorial es otra historia que engloba mucha más gente a nivel municipal, etcétera”. La conversación dura más de dos horas, el texto que viene a continuación es solo un extracto del torrente de temas que Quim no paraba de abordar con entusiasmo febril. No parece, tampoco, que los tres años de diputado hayan aletargado su pasión militante. M.C.]

Marc Casanovas: En 2011 la CUP entró en el Parlament con tres diputados coincidiendo con un momento de auge de los movimientos sociales, la irrupción del 15M, las huelgas generales, el salto cualitativo del movimiento soberanista con todo el proceso de las consultas y las manifestaciones contra la impugnación del Estatut por parte del Tribunal Constitucional, etcétera. ¿Qué balance haces de este paso por el Parlament que ahora finalizas?

Quim Arrufat: Nosotros empezamos el primer salto municipal —de 28 a 100 concejales— en pleno 15M y entramos en el Parlament en medio de la huelga general del 14M con el caso de Esther Quintana y toda la represión que se derivó. Sin duda es muy significativo que nuestra irrupción institucional surja en un ciclo de luchas muy concreto que define muy bien el ciclo político que vivíamos y seguramente, haciendo abstracción del caso vasco y la izquierda abertzale, somos la primera formación anticapitalista de nueva configuración que hace el salto supramunicipal entrando en un parlamento.

Para los diputados que entramos, este ciclo ha sido muy rápido, pues debido a las características que definen nuestra formación política en el terreno de control democrático, de rotación de cargos, etcétera, ya volvemos a estar fuera de la institución. Ahora, después de tres años, hay varias reflexiones: una, que nosotros no entramos con peso electoral, entramos con poco peso electoral pero mucha carga simbólica; la gran fuerza que ha desplegado la CUP en estos tres años ha sido la carga discursiva y la carga simbólica; introducir una serie de símbolos, desde la limitación de sueldos hasta la rotación de cargos, o las camisetas reivindicativas en diferentes actos... esto también ha contribuido un poco a romper el marco estético de la política institucional para introducir nuevos símbolos que ayudaban a desplegar nuevos discursos. Es decir, ha habido un desfase muy grande entre nuestro peso electoral y la capacidad que hemos tenido de proyectarnos en la vida política catalana, y creo que esto es una valoración positiva que se puede hacer más allá de los aciertos o errores. Es importante que estos discursos hayan entrado en la vida política catalana y esto no es, evidentemente, solo gracias a la CUP sino que es el propio momento político el que acompaña.

Durante estos tres años en el parlamento la sucesión de reflexiones en los movimientos sociales sobre el “asalto a las instituciones” se ha extendido también en todo el estado, en el momento en que entrábamos también Anova entraba en Galicia, después surgía la iniciativa de Podemos, las elecciones europeas, etcétera. Se generaliza pues el debate de cómo se debe entrar en las instituciones y para hacer qué y con qué lógica.

En este sentido, desde mi punto de vista, a la luz de las diferentes experiencias y comprendiendo también las últimas elecciones municipales (400 concejales de la CUP, la entrada en el ayuntamiento de Barcelona de BCN En Comú, los ayuntamientos donde gobernamos en confluencias o en solitario, Badalona, Ripollet, Berga, etcétera, los diputados de Podemos en las diferentes comunidades autónomas,

“... ha habido un desfase muy grande entre nuestro peso electoral y la capacidad que hemos tenido de proyectarnos en la vida política catalana.”

los 10 de las CUP en el Parlament, etcétera), creo que la primera reflexión es que hay que tener una prevención muy grande para no caer en el espejismo de pensar que como somos nosotros los que estamos dentro de las instituciones, o al frente de algunas instituciones, ya se está produciendo el cambio, y eso no es así; estamos reemplazando cargos institucionales pero no hay que hacerlo con la lógica de ocupar sitios de otras personas, sino con la lógica de provocar cambios políticos.

No simplemente para gestionar nosotros las mismas instituciones. Así pues, el peligro es que se instale la premisa de que porque estamos nosotros la naturaleza de las instituciones es ya diferente. Eso es falso, creo yo.

Nuestra tesis, ampliamente compartida por los anticapitalistas y por los movimientos sociales, no es que las instituciones estén gobernadas por “ineptos” (esa es la tesis Ciudadanos, es la tesis liberal: “son unos corruptos y si cambiamos las personas y me pongo yo, solucionado el problema”). Este es el error que hay que evitar, y si nos quedamos a medio camino de provocar un cambio político, es muy fácil quedarse en las instituciones sin perspectiva y agarrarse a esta ilusión para justificar tu presencia...

M.C. Sin duda un elemento importante que ha marcado la presencia de la CUP en el Parlament es esta idea que habéis repetido muchas veces de que la CUP tenía que ser “el altavoz” de los movimientos sociales en la institución y, en efecto, muchas veces cuando desde los movimientos se quería referenciar un discurso en el ámbito institucional, han encontrado en la CUP una herramienta útil. Pero creo que la CUP durante esta legislatura, y aun con las precarias fuerzas que tenía en el plano electoral, ha ido más allá de este principio; ha sido capaz de visibilizar una realidad que es más fundamental para cualquier estrategia anticapitalista, a saber: marcar los límites que tiene toda vía puramente institucional, hacer patente dentro de la propia institución que esta no es una herramienta neutra, que ha sido construida dentro de unas relaciones de clase capitalistas, que en muchos aspectos responde a unos intereses de clase y que por tanto también tiende a perpetuar y asegurar este orden de relaciones y estos intereses... ¿Crees, sin embargo, que una institución así definida, puede ser de alguna manera subvertida y devenir también una palanca para facilitar la autoorganización popular?

Q.A. Creo que sí, todo elemento de la lucha política puede ser utilizado y reutilizado, si se hace con habilidad, para subvertir, facilitar y ayudar los movimientos de autoorganización popular. Con la condición de que estos existan ya y sean una realidad en marcha. Aquí en Catalunya, por ejemplo, se cruza la reivindicación de independencia con la reivindicación de soberanía, y aunque

tienen una relación directa, evidentemente, no siempre es lo mismo. Por eso nosotros creemos que hay que hacer pivotar el debate sobre el tema de la soberanía, porque si no estuviéramos en Catalunya el debate sería el mismo: si nosotros fuéramos una fuerza andaluza o española, etcétera, estaríamos igualmente haciendo pivotar el debate sobre el eje de la soberanía porque es ahí donde podemos situar la palanca del cambio real.

Es decir, ¿por qué tenemos instituciones? ¿Realmente estas instituciones pueden ser llenadas por diferentes propuestas políticas y éstas respetadas? ¿Realmente hay una soberanía que permite implementar determinadas políticas y ejercer la soberanía aunque esto no guste a ciertos intereses económicos o políticos? Esto no existe en Europa. Ayer, precisamente, estuve hablando con Tariq Ali que acaba de publicar un libro muy interesante al respecto que se llama *El extremo centro* y justamente me comentaba sobre la evolución de los 25 años desde la caída del muro de Berlín hasta ahora. Tariq decía que se ha ido fraguando una situación en la que es igual quién gane, siempre se acaba gobernando desde el “extremo centro” y esto en un contexto donde el ámbito privado de las decisiones políticas y económicas manda y los gobiernos ejecutan. El último gran ejemplo simbólico es Grecia: “da igual” quién gane, al final las instituciones no son soberanas para decidir...

Y lo que te decía, en Catalunya este debate se mezcla con el tema de la independencia, evidentemente tiene relación, pero la independencia no es necesariamente un instrumento de soberanía, puedes tener una independencia que te puede permitir acceder a la soberanía o no, otros han conseguido un estado independiente y no les ha servido para prácticamente nada. Por eso es tan importante centrar el debate de la independencia en el de la soberanía real de los pueblos y la soberanía popular.

La tesis de la CUP desde que hace 12 años empezó a caminar con gente muy joven es que si bien resulta cierto que los ayuntamientos son uno de los eslabones de la estructura jerárquica del Estado, también es cierto que, a excepción de las grandes áreas metropolitanas donde es más complicado, la gente puede hacer suyo este último eslabón del Estado e invertirlo para convertirlo en el primer escalón de defensa institucional de la unidad popular. Y esta es la tesis municipalista: comenzar a construir base y movimiento en los municipios porque es el ámbito donde se puede crear red social y comunitaria y así ocupar los ayuntamientos para reforzar la movilización popular si esta está en marcha. De hecho, las consultas por la independencia se vehicularon en gran parte a través de este marco institucional y muchas medidas de pobreza energética, de rescate social... Por tanto, hay dos tipos de instituciones: una que es más fácil hacerte tuya simbólica y políticamente, aunque tenga demasiado pocas competencias, como son los ayuntamientos, y que pueden servir para reforzar y construir pueblo y movimiento popular y otras, que en cambio, no te pertenecen en ningún caso.

Así pues, la reflexión de que las instituciones no se han hecho de forma neutra o que no son cajas vacías que esperan a ver quién las llena democráticamente para ponerse al servicio de un proyecto político sea cual sea, sino que hay que tener muy claro que son terreno del enemigo, es básica. Porque si pierdes de vista esta realidad y empiezas a considerarla como un espacio neutro, como se desprende algunas veces de ciertos discursos de Podemos (aunque solo se trate de una estrategia discursiva para llegar a la gente) entraña un gran peligro si se olvida que necesitamos entrar en las instituciones, sobre todo, para refundarlas en otra clave. No como si fueran espacios neutros esperando para ponerse a nuestro servicio. Pensar que ganando simplemente espacios institucionales de representación puedes llegar en algún momento a cumplir tu programa político es un gran error. Ese fue el error del *Tripartit*. Y pensar que en la actual situación... (en una autonomía dentro de un Estado español intervenido por el poder financiero, etcétera) es una total ilusión. Pero incluso pensar que gobernando directamente el Estado español eso es posible es la más grande de las ilusiones. Es muy difícil revertir líneas centrales de un programa absolutamente neoliberal que no responde a un programa partidista sino que es al que la misma institución te obliga independientemente de quién gobierne porque ya ha estado concebida así. Por tanto, nuestra tarea ha de ser refundarlas en otra dirección, no gobernarlas pensando que por el hecho de que ahora ya estamos nosotros dentro de las instituciones esto ya significa que se puedan cambiar las cosas. Y ese, creo, fue el principal error de una parte amplia de la generación de la Transición.

M.C. Has hecho mención a la necesidad de distinguir entre lo que sería la reivindicación de la independencia *per se* y la soberanía como instrumento de poder popular, también en ocasiones te he oído decir que vosotros no sois nacionalistas, que hay que distinguir entre el discurso nacionalista y el discurso soberanista de la CUP. En esta línea, entiendo que reclamáis la soberanía como un campo de lucha para la izquierda en general y que, por ello, debería trascender la actual configuración de los marcos estatales e institucionales europeos en pos de una nueva articulación y configuración de soberanías entendidas como nuevos vínculos materiales y de comunidad a muy distintos niveles...

Q.A. Es que el tema de la soberanía es un debate puramente democrático y social, lo que pasa es que en el caso de Catalunya se intrinca también con el límite territorial de esta reivindicación, pero es un debate universal. En Europa es un debate urgente para todas las clases populares de todos lados luchar por marcos soberanos no nacionalistas sino populares, democráticos y federables. Por tanto, no es un debate nacionalista o de la extrema derecha, a veces parece que gran parte de la izquierda europea continúa leyendo las reivindicaciones de soberanía a través de los códigos de la extrema derecha, es decir, identifica

este tipo de reivindicación, con su nacionalismo y xenofobia, y parece convenida de que los Estados que configuran el marco europeo actual son lo mejor que nos podía haber pasado... Es urgente un debate serio en este terreno.

M.C. Pero si de lo que se trata es de articular sujetos políticos de soberanía diferentes, ¿por qué la CUP no se presenta a las elecciones estatales?

Q.A. Por varias razones, nosotros hicimos un vídeo en las últimas elecciones donde decíamos “*anavem lents perquè anavem lluny*”. Vamos lentos, sabemos que si forzamos demasiado el frente institucional nos cargaremos el popular, por eso intentamos equilibrar los dos frentes. Entrar en ciclos enloquecidos de secuencias electorales es un peligro que te puede hacer olvidar para qué estás ahí. Nosotros ya venimos de un ciclo de elecciones municipales y de unas autonómicas que ha tensionado mucho a la organización positivamente pero de forma muy dura; a esto también hay que añadir el debate sobre el proceso constituyente y el proceso de independencia en el que ahora estamos inmersos, que es muy complejo y que requiere mucho trabajo, si queremos que salga y que salga bien y ganarlo para las clases populares. En este marco las elecciones españolas no son para nosotros, en estos momentos, ninguna prioridad. Pero básicamente lo que pasa es que hay un cansancio de ciclos electorales, aunque también hay una argumentación de tipo ideológico sobre si hay que ir a las elecciones españolas o no y tal. Pero a mi modo de ver eso no tiene tanto peso en la decisión, creo que sobre todo lo que se trata es de no dejar que la maquinaria electoral te absorba sin haber pensado bien, en cada ocasión, para qué te presentas.

A veces hay quien dice que deberíamos presentarnos en todos lados (en las europeas tampoco nos presentamos) pero francamente eso tampoco es ninguna garantía de éxito. Esto ya está ensayado y “(requete)ensayado” y tampoco es que haya sido una panacea...

Por otro lado, nuestra posible incidencia a nivel de unas elecciones estatales sería muy poca, aquí en Catalunya tiene mucho más sentido porque la propuesta electoral viene trabada con un anclaje real en el territorio, no se trata de una propuesta en clave puramente electoral donde después de la novedad todo se puede esfumar tan rápido como ha venido.

Y a nivel más práctico: ¿realmente sería útil la causa independentista a Podemos si dijera que se presenta a las elecciones y le da apoyo? Más bien parece que le restaría votos. Ya están acusando a Podemos de independentista por causa del referéndum, imagínate que encima ahora la CUP le diera su apoyo público... En cualquier caso, no ha habido un debate al respecto dentro de la CUP, venimos de un ciclo tan intenso y tenemos en estos momentos unos retos tan grandes en el marco catalán que me parece que todo el mundo ha dado por sentado que no nos presentábamos, no ha hecho falta debate alguno, pero yo te he dado las razones que creo que más pesan en esta decisión.

“Es muy difícil revertir líneas centrales de un programa absolutamente neoliberal que no responde a un programa partidista sino que es al que la misma institución te obliga independientemente de quién gobierne”

M.C. En 2013 *VIENTO SUR* organizó un debate con las izquierdas alternativas del Estado en la que tú también participaste. Ese debate tuvo lugar antes de la irrupción de Podemos y las nuevas experiencias de confluencia o de unidad popular a nivel municipal. En este debate se abordaba ya el tema de la crisis de régimen y los procesos constituyentes, a la vez que muchas de las intervenciones giraban en torno a cuáles podrían ser las maneras de dar expresión política organizada a todo el ciclo que había inaugurado el 15M. Entonces, muchas de las reflexiones apuntaban al desfase que habían sufrido unos partidos que se

habían moldeado desde la transición en el molde del “Estado de bienestar” (aunque esto en España siempre ha sido un poco una ficción); que se habían fraguado a imagen y semejanza de este mismo Estado y lo mismo se podía decir del sindicalismo; un sindicalismo de concertación, un sindicalismo fordista, incrustado en el Estado, centrado exclusivamente en el conflicto de capital-trabajo dentro de la empresa sin traslación a nivel social o territorial, etcétera, todo esto, se decía, explicaba por qué la crisis de régimen, la irrupción del 15M y sus “derivados” habían arroyado o pasado por encima de estas viejas formas de la izquierda tradicional cuya morfología no respondía a la configuración de los actuales campos de batalla de los movimientos y los ámbitos institucionales de contrapoder. En este contexto, a la luz de todo esto y de la experiencia posterior, recupero una frase tuya de aquel debate que creo que resulta bastante significativa y actual: decías que “nunca más una izquierda sin gente, mucha más gente que estructura; que cuando le falte gente la vaya a buscar, que abra al máximo los espacios para que entre gente, y que además sea un híbrido entre partido y movimiento”.

O.A. Mira, estoy contento de haber dicho eso porque creo que lo estamos respetando y que estuve muy acertado (risas). Ahora en serio, creo que hay básicamente tres espacios de lucha, y nosotros intentamos articularlos en todos los campos en los que participamos partiendo siempre de la base municipalista: el institucional, el de la movilización y el de la construcción de institucionalidad propia. Este último espacio a menudo se olvida y para nosotros es el fundamental. La movilización social activa la lucha, la lucha institucional disputa discursos, imaginarios, poder electoral, etcétera, pero cuando se tiene que articular todo esto de modo que haga avanzar el poder popular, es necesario entender que el movimiento popular no puede estar activado de forma permanente, que es necesario construir espacios de permanencia, la gente no puede estar permanentemente movilizada, hay que impugnar esta idea de algunos partidos comunistas clásicos de que todo se hará después de la revolución.

La gente se moviliza para construir otra cosa y es importante ir construyendo esa otra sociedad ya desde ahora a través de experiencias de cooperativismo, *casals*, ateneos, monedas sociales... en fin, espacios propios de soberanía cada vez más fuertes. Y utilizar, cuando se pueda, las instituciones municipales para reforzar estos espacios de autonomía de tal manera que se vayan construyendo nuevas prácticas, ya no solo políticas, sino comunitarias, sociales, culturales, etcétera.

Evidentemente, este mundo no puede servir para encerrarte en él, pero en el momento en que desapareces del espacio electoral, del espacio legislativo, del espacio reglamentario tienes que tener una alternativa con realidades sostenidas en el tiempo y comprobadas en la experiencia de la gente en la calle. Si no, lo que pasa es que uno construye unos programas “de la hostia” con unas teorías universitarias “de la hostia” que después cuando llegas a la institución nadie se ha imaginado previamente cómo ponerlas en práctica.

Esta triple articulación que proponemos de algún modo “supera” o complementa la típica disyuntiva entre lucha institucional y movilización en la calle, nosotros también lo decimos mucho: “mil pies en las calles y uno en la institución”, sí, pero no nos confundamos, no hay solo movilización popular y lucha institucional, tiene que haber construcción de institucionalidad propia en todos los ámbitos; hay que levantar redes que permitan estructuras de relaciones sociales ya distintas desde ahora; que devengan laboratorios excepcionales e imprescindibles para ir aplicando diferentes fórmulas y proyectos económicos o sociales que después tienen que servir para alimentar lo que se pueda construir ya en un ámbito más general o desde la institución. Y en todo esto los municipios son el laboratorio perfecto, y más después de estas últimas municipales donde ya empezamos a tener una presencia de poder municipal importante, es ahora que hay que poner en práctica todo esto.

En los diferentes municipios donde la CUP gobierna hay que empezar a implementar esto, un solo municipio no puede tirar para adelante diez proyectos nuevos y que todos salgan bien. Pero podemos repartimos diferentes construcciones e iniciativas de poder popular por los distintos ayuntamientos para ir comprobando cómo se pueden hacer avanzar, desde la creación de una moneda complementaria al euro a nivel municipal para la red de comercio del propio municipio hasta una caja popular como Coop57, que pueda invertir en economía productiva y con criterios éticos, sociales y ecológicos los ahorros de la población, etcétera.

Mira, la CUP es una mezcla de muchas tradiciones. A veces puede parecer muy dogmática en algunas formulaciones, pero en realidad está imbuida de muy distintas realidades. En el libro *El eco de los pasos* de Joan García Oliver aparece lo que en los años 30 la CNT llamaba la “gimnasia revolucionaria” que eran ensayos municipales de insurrecciones de gestión de ayuntamientos que les duraban muy pocos días porque venía la Guardia Civil y los fusilaba a

todos, ¿no? Pero un poco es esa idea de que hay que ir creando laboratorios de experiencias que luego se puedan generalizar, lo que no se puede hacer nunca es confiar a la institución la tarea del cambio social. La institución puede ser instrumento o uno de los terrenos de juego, pero el cambio se produce en el pueblo, en el municipio. Cuando la gente construye sus propias redes sociales este cambio puede repercutir de una manera muy poderosa en todos los demás ámbitos.

Por mucha lucha espontánea que haya en la calle, si no se ancla a una realidad que permanezca en el tiempo, lo tiene crudo. O se sabe aprovechar muy bien este impulso espontáneo en su momento de auge, como en su momento intentó hacer Podemos, o se puede perder muy rápido esta fuerza social. Por eso es tan importante este tercer espacio. Demasiadas veces hemos visto en la historia de las fuerzas de ruptura o de los partidos comunistas cómo se ha confiado todo al día de la “victoria”, pero después de 150 años de movimiento, nos hemos dado cuenta que las victorias no llegan cada día; es importante, pues, que durante el camino se vayan consolidando estos espacios.

M.C. Recientemente, Iolanda Fresnillo de la Plataforma de la Auditoría Ciudadana (PAC), sacó un artículo en el *Crític* que de alguna manera sintetizaba muchas de las preocupaciones que están presentes en los movimientos sociales en la actual fase de “asalto a las instituciones”: la absorción de muchos cuadros de los movimientos, la adaptación a los ritmos institucionales y sus dinámicas burocráticas, la pérdida de autonomía de los movimientos, la lógica de delegación y desmovilización que esto genera... Este peligro es bien real y patente, pero nada fácil de conjurar: no parece que la solución venga de la mano de una simple “vuelta a los movimientos”. Durante la “Transición” el nivel de autoorganización y autonomía popular a través de los barrios, fábricas autogestionadas, cooperativas, asambleas... era seguramente uno de los más altos de toda Europa... pero una vez se cerró por arriba la posibilidad de un horizonte político de ruptura, esta autoorganización apenas pudo sobrevivir. Parece, pues, que tan importante como ese espacio de contrapoder que señalabas, también lo es la capacidad de hacer irrumpir en los momentos oportunos iniciativas programáticas y agendas de ruptura en el terreno político institucional que permitan ir más allá antes de que ese espacio se vuelva a cerrar, pacificar y reconfigurar en sus consensos habituales. Simplificando mucho, pero una de las causas de todo esto seguramente tiene mucho que ver con la relación que se había construido históricamente entre partido y movimiento, donde los movimientos habían sido concebidos como correa de transmisión de una vanguardia política (reformista o revolucionaria) que debía adaptarse a sus ritmos... Este fue también uno de los elementos que explican la desmovilización posterior y la pérdida paulatina de cierta institucionalidad o poder popular que se había ganado en las calles... ¿Cuáles crees, pues, que deberían ser en el momento actual las relaciones entre las formas partido y movimiento?

Q.A. Para empezar nosotros siempre decimos que no venimos a representar a los movimientos sociales sino que estos nos representan a nosotros, hay que trabajar en esta “inversión” de la representación, en la descentralización y el respeto de la autonomía de un lado y del otro, y no situar el centro de decisión política en un solo lugar. Lo cual no quiere decir que no haya centros de decisión política y que no haya estrategias pero situarlo en un solo punto y hacer depender todo de ese punto es un error. El movimiento popular debe avanzar por sus propios caminos estratégicos y no sometido al de la lógica institucional, todo debe estar articulado y debatido conjuntamente pero respetando la autonomía y los ritmos de cada espacio y el ritmo de la gente no puede ni tiene que ser el ritmo de las instituciones. Si quieres ganar las instituciones siendo gente, siendo pueblo, no puedes hacer que el ritmo de la gente se adapte a la institución. Y esto es fundamental, mira en qué nos fijamos cuando queremos reivindicar la historia de la lucha popular y sus conquistas; nos fijamos en la institucionalidad que hemos sabido crear las clases populares y las organizaciones de resistencia, es decir, esta es la memoria histórica que después nos queda como clases populares, no los diputados que sacó un partido u otro en la II República por poner un ejemplo, ¿quién se acuerda de eso? Ni idea, lo que nos queda es toda la experiencia del movimiento de ateneos, de politización y culturización inmensa de las clases populares. En aquel momento eso no debía parecer lo más espectacular, ni los efectos debían ser inmediatos, pero allí se construyó pueblo y la memoria de esa experiencia es la que nos lleva a ser ahora una sociedad como la que somos; por tanto esta es una parte inmensa del asunto. Aunque, claro, esto se debe combinar con la velocidad de los ritmos institucionales, y para hacerlo no puede estar subordinada una cosa a la otra. Debe tener cada cosa su propia autonomía. Pero todo esto no nos lo hemos inventado nosotros, estas reflexiones están muy presentes en los movimientos de Barcelona de raíz libertaria de los últimos tiempos, en la cultura de la autonomía del movimiento social y político y de la construcción en red.

Entiendo que estos ritmos lentos a veces pueden ponernos frenéticos porque parecen muy poco efectivos. Pero gracias a esto ahora existe una red de *casals* y ateneos casi en cada barrio y pueblo de Catalunya. Esto es extremadamente potente y está en aumento y se van abriendo más. Esto tiene un ritmo que nada tiene que ver con el de la política institucional. Y yo incluso iría más allá, en determinados espacios de debate de la CUP planteo la necesidad de que también el espacio municipal y el espacio de intervención en el Parlament deberían tener estructuras orgánicas diferentes, igual que la red de *casals* y ateneos que tienen su autonomía, debería pasar lo mismo en este otro ámbito. Porque el nivel de intervención política, mediática de alianzas, etcétera que requiere el Parlament es imposible casarlo con la velocidad de los otros espacios. Por eso este último debería ser una plataforma propia y otra debería ser la de la construcción de un municipalismo popular que debería estructurarse a otros

“no hay solo movilización popular y lucha institucional, tiene que haber construcción de institucionalidad propia en todos los ámbitos”

ritmos y en otros espacios. E incluso, si me apuras, soy contrario a casarlo todo en un solo partido porque entonces siempre acaba predominando una lógica sobre la otra y normalmente es la del Parlament y la mediática la que se lo come todo; lo cual no te permite el tiempo, la dedicación y la cocción lenta de un municipalismo que debe ser el motor de esta transformación de fondo a la que nos venimos refiriendo.

M.C. Esta semana habéis presentando junto a Junts Pel Sí una declaración de inicio de proceso hacia la independencia. Esta declaración ha abierto una oportunidad para generar una lógica de confrontación con el Estado central que enseguida ha puesto en muchas contradicciones al aparato institucional y que podría conducir a una dinámica de ruptura. Pero al mismo tiempo, y en relación al tema que nos ocupa, parece que también existe un gran peligro de que el proceso constituyente quede absorbido por unos ritmos y unas lógicas de confrontación por arriba que no consiga interpelar a todos los actores y concitar toda la participación social y constituyente que requeriría un momento así. ¿No os preocupa este posible desfase entre un elemento y el otro y lo que puede conllevar a la hora de conseguir un proceso que a la postre esté participado por/y favorezca los intereses de las clases populares?

Q.A. Para empezar, es muy importante no confundir el proceso constituyente con la unidad de la izquierda. Creo que a veces se confunden interesadamente estos dos conceptos. Un proceso constituyente es un proceso a través del cual se refunda un país o se hace uno nuevo y se inicia un proceso democrático en el cual se abre, efectivamente, una oportunidad que el movimiento popular y las izquierdas pueden utilizar para intentar ganar un modelo diferente de país o pueden perder; de este proceso puede salir cualquier cosa. Pero es una oportunidad democrática por la vía de una ruptura con un régimen anterior. Ha habido una lectura interesada de cierta izquierda de coger esta palabra (“proceso constituyente”) y amoldarla a cualquier contenido para confundirla con lo que es “la unidad de la izquierda” dando a entender que solo si es en el paraguas de la unidad y solo si sirve para unir la izquierda esto será un proceso constituyente. Y esto no es así. Pero es que además, esta manera de plantear las cosas acaba siendo muy inútil en términos prácticos. Porque justamente un proceso constituyente es la articulación de una voluntad de cambio mucho más amplia de la población que genera un espacio de debate y decisión popular en el que la izquierda puede perder o puede ganar, es la apertura de una oportunidad. Iniciarla es un trabajo inmenso y ganarla es otro trabajo igualmente inmenso. Pero lo que no se puede hacer es utilizar cualquier palabra o cualquier nuevo elemento político (y esto es muy típico de la izquierda históricamente) para

utilizarlo como fin para la unidad de la izquierda, concibiendo esta unidad de un modo un tanto mítico, como un fin en sí mismo, y esto a veces puede ser positivo, pero otras también nos acaba encorsetando y separando de la realidad y de los procesos reales y las oportunidades que se dan en la realidad y sobre las que queremos intervenir.

Hasta ahora en este país la unidad de la izquierda en términos prácticos nos ha llevado hasta el *Tripartit*, dando por descontado toda la buena voluntad de los que lo configuraron y teniendo presente que era la primera vez que gobernaban las izquierdas desde la finalización de la República, y era gente que venía del PSUC, gente potentísima y sin embargo... ya se vieron los límites, lo que dio de sí la unidad de la izquierda en nuestro país. Se impulsaron ciertas políticas sociales, buenas en términos de escuelas y sanidad pública, aunque no se tocó el modelo, había más dinero que ahora y se hizo una política más redistributiva y, bueno, ya está. Finalmente se acabó con una deuda enorme que después se ha ido multiplicando. Es necesario cambiar este esquema.

Si en lugar de abrir este proceso en alianza con Junts Pel Sí fuera posible abrirlo con el resto de la izquierda aquí y en el resto del estado, evidentemente, se podría plantear. Pero la realidad social y electoral no es esta. A partir de aquí ¿qué podemos hacer? ¿No generar la oportunidad que supone un proceso constituyente y esperar a construir quien sabe qué, quién sabe cuándo? Es que aquí hay cierta trampa.

Luego, entiendo que, por otro lado, también hay otro problema: los que han construido la ola soberanista desde posiciones conservadoras e identitarias. Pero yo creo que los planteamientos de la CUP van ganando posiciones en el discurso y en la realidad. Es decir, la idea de que es un debate urgente y universal, como apuntaba antes, que en el Sur de Europa se piense en términos de ruptura democrática, procesos constituyentes y construcción de soberanía popular y que esto debería ser así en España, Portugal, el País Vasco, Italia o Grecia. Esta es la construcción discursiva de por qué hacemos lo que hacemos. Y obviamente lo hacemos en Catalunya porque responde a una historia y una base cultural concreta que lo articula, pero la finalidad última no consiste en reafirmar una historia, una lengua etcétera, no, la finalidad es construir una realidad soberana que a la postre se pueda federar con otras realidades soberanas. Y esto en contraposición a la concepción conservadora y nacionalista que ha hecho *Convergència* (ERC ha navegado un poco por el medio de los dos discursos) que ha basado el proceso soberanista en la reafirmación nacional, de la identidad, de la lengua, de la cultura, etcétera.

Yo creo que el discurso cada vez va basculando más hacia nuestras posiciones. El discurso del proceso constituyente, por ejemplo, al principio del proceso independentista no estaba, se centraba más en el déficit fiscal, y en la idea que con la Catalunya independiente tendríamos más dinero, etcétera. Poco a poco se ha ido introduciendo la idea del proceso constituyente, la idea

de que la independencia solo se obtendría abriéndose a las clases populares, etcétera. Y el hecho de haber llevado a una parte de las clases medias y más bien conservadoras hacia estas posiciones, haber llevado a un centro político hacia posiciones de ruptura democrática y de proceso constituyente, es una oportunidad de oro que no podemos dejar pasar. O seguimos esta senda y provocamos la ruptura o de aquí a seis meses volveremos a “chupar” realidad y volver al ciclo habitual de estabilidad; por eso me parece un poco tramposo el debate de la unidad de la izquierda.

Yo creo que después del 20 de diciembre, de las generales, cuando se comprueben los límites y la capacidad democrática del Estado español, no habrá más remedio que abrir de nuevo un debate profundo entre toda la izquierda del Estado sobre la oportunidad que se ha abierto aquí en Catalunya para romper de una vez por todas con el régimen del 78.

Marc Casanovas es miembro del Secretariado de Redacción de *VIENTO SUR*